

EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL ENTRE DOS ÉPOCAS CULTURA POLÍTICA, ROLES Y CONSUMOS. AÑOS SESENTA

Álvaro Acevedo Tarazona
Universidad Tecnológica de Pereira

RESUMEN

En la historia del movimiento estudiantil el conflicto ha sido la respuesta a múltiples estados de inconformidad académica y política frente al medio social y la práctica universitaria. A cuarenta años después de las grandes movilizaciones estudiantiles en Colombia, América Latina y el mundo, las protestas, marchas, mítines y todo tipo de movilizaciones, solo pueden ser entendidas a partir de una reflexión política y cultural que va más allá de los planes de estudio, para preguntarse por temas que no han perdido vigencia: el ideal de sociedad y universidad, el gobierno y la proyección social de la universidad, entre otros. Toda reflexión acerca del currículo es una mirada en perspectiva analítica sobre la educación a la que se aspira y se plasma en un ideal de permanente construcción. Ideal que para este caso tratará de vincular los grandes temas y problemas de los años sesenta, en particular del año 68, con los actuales. La historia del movimiento estudiantil implica una reflexión sobre las demandas académicas, políticas y sociales que se han hecho a lo largo de varias generaciones, pues si bien muchos estados de inconformidad y protesta han cambiado, otros permanecen en el tiempo como una rueda que adquiere su propia dinámica según el contexto social y educativo.

Palabras clave: protestas, estudiantes, conflicto, mayo de 1968, revolución, cultura.

THE STUDENT MOVEMENT BETWEEN TWO TIMES POLITICAL CULTURE, ROLES AND CONSUMPTION. THE 60's

Alvaro Acevedo Tarazona
Universidad Tecnológica de Pereira

ABSTRACT

In the history of the student movement, conflict has been the answer to multiple states of academic and political inconformity with regard to the social environment and university practice. Forty years after the great student movements in Colombia, Latin America and the world, the protests, marches, meetings and all types of movement can only be understood from a political and cultural reflection that goes beyond the syllabi, in order to ask oneself about topics that have not lost importance: the perfect state of society and the university, government and the social projection of the university among others. All reflection concerning curriculum is an analytical look at education and what it hopes to be which is then transformed into an ideal of permanent construction. An ideal which in this case, will try to unite the important topics and problems of the sixties, in particular 1968, with the present day situation. The history of the student movement implies a reflection on the academic, political and social demands that have been made during various generations. This being said, although many states of inconformity and protest have changed others remain like a wheel that acquires its own momentum according to the social and educational context.

Key words: protests, students, conflict, may 1968, revolution, culture.

1968 es un año en el que se configura una experiencia revolucionaria única y global, dirigida por un movimiento estudiantil sin precedente alguno. Si bien las grandes manifestaciones estudiantiles y obreras del mayo francés de aquel año serían el epicentro de este movimiento revolucionario cultural, ya desde 1960 jóvenes de todo el mundo se habían manifestado en países tan distintos como Estados Unidos, China, México, Japón, Turquía, España, Francia, Indonesia, Polonia, Colombia, entre otros¹. De manera que 1968 es un año significativo de esta experiencia global por la simultaneidad de las protestas estudiantiles, pero no el culmen ni el comienzo de las mismas. Tal vez 1968 pueda marcar el primer quiebre binario de la Guerra Fría o la aparente existencia de una Internacional de estudiantes, avalada por un “conspirativo” comunismo internacional para socavar los cimientos del Occidente capitalista, pero no es el único año de esta experiencia revolucionaria que, a la postre, fracasaría en el plano político mas no cultural.

1968 es el año en el que convergen toda una serie de acontecimientos mundiales que ha merecido el análisis cuidadoso por parte de los especialistas. 1968, por decirlo de otra manera, es el año de un decenio caracterizado por grandes acontecimientos políticos, expresiones sorprendentes en los modos de vivir y rupturas generacionales sin parangón alguno en la historia del siglo XX. Claro que también se podría decir que el historiador ve solo lo que quiere ver, y que tal vez otro decenio distinto a los sesenta u otro año distinto al 68 han sido más importantes para el siglo XX en términos de referentes culturales y rupturas. A lo cual tendría que señalarse que es posible, pero que tal vez la distancia de los acontecimientos no ha sido lo suficientemente larga en el tiempo para alcanzar una dimensión más pausada y crítica de las consecuencias, o que aún no se puede ver en toda su dimensión las marcas o símbolos de otras épocas y años. Esos son los inconvenientes cuando se trata de hacer historia del tiempo presente o de nuestros días.

El hecho de ubicarse en los años sesenta y no en otra época para atender al título de esta ponencia, que de contera sugiere un marco comparativo entre dos épocas (la actual y la de hace cuarenta años), en principio sustenta que en los años 60 entran en el escenario mundial acontecimientos políticos y culturales que trascienden las fronteras nacionales para inscribirse en una experiencia global de consumos, roles y protestas que hasta la fecha no han perdido vigencia, así los actores y las condiciones socio-económicas hayan cambiado.

Partiendo de esta hipótesis, valga también considerar que aunque los acontecimientos políticos y expresiones culturales del sesenta y del año 68 en particu-

lar, fueron innumerables, no por ello se ha de renunciar al análisis de un marco comparativo con la universidad colombiana, uno de los escenarios más relevantes en el cual convergieron este tipo de acontecimientos y expresiones. Pero, ¿por qué la universidad y no otro escenario? La respuesta se encuentra en la *Historia del siglo XX* de Eric Hobsbawm². Hasta los años cincuenta de este siglo la familia y el hogar eran unas de las estructuras que más se habían resistido a los cambios bruscos, pero desde entonces dichas estructuras comenzaron a cambiar vertiginosamente en todo el mundo debido a los cambios en la conducta sexual, las relaciones de pareja y la procreación. Como nunca antes la distancia generacional entre padres e hijos se hizo abismal y por primera vez se asistió al triunfo de la autonomía de la juventud. Ser joven ya no era una fase preparatoria para la vida adulta, sino la fase culminante del pleno desarrollo humano. La juventud se convirtió en dominante en las economías de mercado de los países industrializados, y los tejanos y el rock alcanzaron la categoría de marcas universales³. Todo lo cual creó en la juventud una identidad cultural de alcance internacional. No es por ello extraño que esta revolución cultural hubiese tenido como escenario a la universidad y que ningún movimiento revolucionario en la historia haya tenido más personas que leían y escribían libros⁴.

Ahora bien, si se tratara de comparar este decenio con otro de importancia en el siglo XX, por el tipo y magnitud de incidencias mencionadas, los años treinta serían el referente obligado. Solo hay que leer el magistral análisis de John Steinbeck “1930–1940: Los años sombríos” en su inigualable novela *De ratones y hombres*⁵, para entender que la música de fondo de aquella época resonaría como una caja de Pandora treinta años después. Veamos:

El crack del 29 marca el inicio de la Gran Depresión que se prolongó hasta los años treinta y afectó a Estados Unidos y el resto de países capitalistas. Los totalitarismos de izquierda como de derecha se entronizan en todo el mundo: Hitler, Musolini, Stalin, Franco. Los dictadores se pasean por la cartografía de América Latina: Fulgencio Batista en Cuba, Getulio Vargas en Brasil, Anastasio Somoza en Nicaragua, Juan Vicente Gómez en Venezuela, Trujillo en República Dominicana. Se construye el edificio más grande del mundo en plena crisis económica (Empire State Building) y el terror “made in Hollywood” salta a la pantalla con Drácula y Frankenstein (1931). Le siguen Tarzán, King Kong y la adaptación radiofónica de la novela de H. G. Wells, *La guerra de los mundos*, interpretada por Orson Welles en 1938, que estremece de pánico a los norteamericanos al creer que en verdad los marcianos invadían la Tierra. Al otro extremo del planeta Mahatma Gandhi, en 1930, se hace acompañar por miles de hindúes durante trescientos kilómetros en la Marcha de la Sal para protestar contra el monopolio británico. Larga será la marcha de Gandhi, pero todavía más la de los cuchillos nazis de Hitler y la de Mao Tse-Tung que años después lo llevará a ser el amo y señor de China.

Los años treinta confirman el poder de la radio y el triunfo de la televisión, dos prodigios que mueven a la clase media europea, ávida de nuevos líderes histriónicos y carismáticos para que le redima de su pauperización económica después del crack. El boggie–wogiee, el swing y el claqué se pasean en las salas de baile. Pero también se enlutan otras salas en América Latina con la muerte de Gardel en 1935. Se inventa el primer acelerador de partículas subatómicas y el microscopio electrónico. Las mujeres alargan las faldas, abajo de las rodillas, pero escotan más las espaldas y ajustan sus vestidos de baño. El símbolo del amor, el poder y el odio es una mujer, mezcla de vampiro y glamour, de cabello rubio platino, encarnación en Jean Harlow y un traje a rayas Al Capone. Pero así como la riqueza deslumbra, Charles Chaplin estrena “Tiempos modernos”, su última película muda. Preámbulo de la Segunda Guerra Mundial es la Guerra Civil Española y el fusilamiento de Federico García Lorca. Triste es el bombardeo de Guernica, en Vizcaya (1937), y un prodigio el cuadro de Picaso que rememora esta tragedia. Ese año también estalla el “Titanic” de los aires, el dirigible alemán Hindenburg, dejando más de un centenar de personas muertas y en desuso este medio de transporte. Hasta Stalin será protagonista de esta década alargando su mano de terror hacia México para matar a Trotsky⁶.

Deslumbrante y sedienta es esta época como el destello de la modernidad que es su partera. Con razón ha dicho Nietzsche que no se podría vivir sin olvidar, pues tan saludable es lo histórico como lo ahistórico para los pueblos⁷. Si en los años treinta la lucha antifascista congrega a los escritores de izquierda y es el centro de discusión en los debates de intelectuales, treinta años después el imperialismo convoca la polémica. De la misma forma que André Malraux era el ejemplo del intelectual comprometido –“había rentado una flotilla de aviones y con ella se había dirigido a luchar a España contra los franquistas”, señala Jorge Volpi⁸–, Régis Debray y su compromiso con la revolución latinoamericana, representaba su continuación moderna.

De pronto la idea y mística revolucionaria, acota Volpi, nació con un brío inusitado contra ese imperialismo que sojuzgaba al mundo⁹. Para los intelectuales de izquierda, Mao y Castro se erigen como los epígonos de una época que aspira a alcanzar una sociedad más justa e igualitaria, cuyo enemigo es la burguesía. Es el origen de una nueva bohemia intelectual dividida entre el culto y el odio a sí misma que, en palabras de François Furet, incluía “la inculpación de la sociedad presente más que la invocación a una sociedad modelo”¹⁰. Puede que sea cierto para Europa, pero no es el caso, al menos, para Colombia, donde así hubiese sido con odios, cultos o mesianismos, surgen las guerrillas de las FARC (1964), el ELN (1964) y el EPL (1967) bajo la consigna de alcanzar una nueva sociedad.

Pero, sin duda nos encontramos frente a una revolución cultural y a una generación que comparte ideales, formas de consumo y prototipos. Solo hay que pasar una rápida mirada al joven rebelde mexicano de 1968 para entender que no se distanciaba casi en nada del colombiano, norteamericano o europeo¹¹. Nacido en la década de los cuarenta o un poco antes, en sus escuelas preparatorias tuvo los primeros contactos con la política y el marxismo. De allí habría pasado a la universidad y se habría convertido en un acérrimo defensor de la revolución cubana. Si en México leía *Escucha yanqui! o Los marxistas* de C. Wright Mills, en Colombia leía *El Frente Unido*, tal vez *Voz Proletaria* y sin duda el *Manifiesto comunista* de Marx y Engels (incluso ilustrado y explicado en caricatura al “alcance de todos, cultos e incultos, vivos y tontos”) y la cartilla para iniciados de Martha Harnecker.

El inmenso anaquel de la “**eme**” de marxismo de las bibliotecas sería el más consultado por este joven rebelde. No dudaría en cargar bajo el brazo un texto de Marx, Engels o Mao (*Las cinco tesis filosóficas*, *Estrella roja sobre China*), incluso el que no solo “daba cartilla” leía uno que otro texto de Sartre, Marcuse (*Eros y civilización*, *El hombre unidimensional*) o Althusser (*Ideología y aparatos ideológicos de Estado*), de pronto *Los hijos de Sánchez* de Oscar Lewis o un texto de Freud o Eric From. Con seguridad odiaría a Camus, se rebelaría contra toda forma de autoritarismo y solo creería ciegamente en las leyes de la tribu. Todo, por un mundo nuevo en el que, claro, unos cuantos, solo unos cuantos, cabalgarían sobre el lomo de la historia. Para este joven, el fin de la universidad no podía ser otro que el de masas. La vida del Che y de Trotsky se leería con pasión; en Colombia, la vida de Camilo. El boom literario era lo mejor que había pasado en siglos y todos, absolutamente todos, se rebelarían contra la guerra de Vietnam: *iyanquis, go home!*

Las asambleas eran el centro de la vida universitaria y el salón de clases un espacio para el perfeccionamiento científico, pues mientras las leyes de la dialéctica fueran un cuerpo de verdades para llegar siempre a “la posición correcta”, no tendría porqué rechazarse el positivismo de la ciencia. De manera que los tableros y las tizas adquirirían un papel secundario si el fin prioritario era hacer la revolución para luchar contra el capitalismo y una masa anónima que solo perseguía la gratificación. Cuando se tiene la posibilidad de comparar distintos estados sociales, la historia nos sonríe y guiña maliciosamente. Si hoy la ciencia tiene el mismo grado de importancia que antaño, la revolución, en cambio, es un pesado fardo de molestias y sin sentidos para la mayoría de jóvenes universitarios. Si en el pasado se premiaba una vida de compromiso social y plena entrega revolucionaria, es cierto que hoy se premia el compromiso, pero empresarial, que a su vez se entiende como el más alto y respetable servicio a la sociedad. Si

los anaqueles de las bibliotecas de hoy tuvieran libros sobre la Nueva Era, cómo aprender a vivir en cinco pasos o cómo hacerse empresario en diez, tal vez serían los más consultados.

Eran tantas las asambleas en aquellos años de fervor revolucionario, que llegó un momento en el que una se parecía mucho a otra, al igual que una marcha a otra. No fueron pocas las veces en que la universidad parecía un pueblo abandonado. Con afortunado humor, Juan Diego Mejía en su novela *El dedo índice de Mao*¹², inspirada en la magistral obra de Steinbeck ya citada (*De ratones y hombres*), pinta un cuadro de las asambleas en aquella época:

“Los grupos se acomodan en las tribunas, como para ver fútbol. Los trotskistas tienen compañeras muy bonitas pero serias y antipáticas, además tienen ojeras de tanto trasnochar leyendo marxismo. Los del PC. también se distinguen con facilidad. Sus mujeres son feas y tienen aspecto de obreras sufridas. A la hora de pelear son peligrosísimas porque tienen mucha fuerza y nada les da miedo. Las maoístas, en cambio, son menuditas y delicadas, se les nota el pasado reciente de comodidades y gustos burgueses. Por eso me interesan más, aunque a ellas solo les atrae los buenos oradores de vestimenta descuidada pero con toques de su origen aristócrata”¹³.

Pero si las asambleas eran todo un espectáculo, no menos sus dinámicas:

“Los de atrás presionaron el adelanto de la votación para definir si salíamos a paro o regresábamos a clases. Es decir, estaba en juego mi plan de vacaciones. Todavía no podemos dejar que voten, me dijo el Mono. Esto está lleno de cavernas. Debíamos prolongar las discusiones, interponer mociones de toda clase, leer comunicados de sindicatos en conflictos, un saludo de los comandantes del monte, cartas de los movimientos de liberación de África, cualquier cosa para aburrir a los bullosos del No paro y hacerlos resistir. Hacia el mediodía votamos y el resultado fue casi un empate, pero cada bando reclamó el triunfo. Entonces debíamos sellarlo con una demostración de fuerza y se organizó una gran marcha para recorrer toda la universidad como símbolo de la discusión mayoritaria de la asamblea”¹⁴.

La descripción de las asambleas en aquella época tampoco escapa a la mordaz pluma de R. H. Moreno. Cuenta, por ejemplo, que estando él en una ocasión con otros amigos en una de estas asambleas en la Universidad Nacional, en qué apuros no se vieron para salir de un aula enfurecida porque no acataron las conclusiones del foro de Yenán, “un congreso Chino –señala R. H. Moreno Durán– realizado cuando nadie en la universidad había nacido siquiera”¹⁵. De la misma for-

ma que las solidaridades se globalizaron, por lo menos en las representaciones discursivas, las formas de consumo y hasta los temores alcanzaron un marco internacional de sentimientos compartidos. En Medellín, los líderes estudiantiles debían ocultarse porque los podían aniquilar como en Indonesia. En Bogotá, los jóvenes guardias rojos quemaban discos de Bach y Beethoven y las obras de Dante y Dostoievski. También hubo quien se casó por amor chino ante la foto de Mao. En una universidad norteamericana, los estudiantes se fueron a huelga porque en un programa académico debían leer a Descartes, David Hume, Kant y otros idiotas burgueses, en lugar de leer a Li Piao, al Che y a otros grandes e importantes filósofos. En cierta universidad los estudiantes de matemáticas redactaron una moción para repetir un curso cuantas veces se deseara. En otras, los profesores debían ser nombrados por los estudiantes o solo podían ser evaluados por los profesores que ellos consideraran idóneos¹⁶.

Como se puede apreciar, valores y experiencias de todo orden expresados por esta juventud rebelde, que ha llevado a algunos autores a asimilar sus comportamientos con una auténtica comedia del absurdo¹⁷. Pues, si bien estas estrategias, tácticas y redefiniciones sociales podían crear una atmósfera eufórica –que hoy se pueden leer con humor–, desde otro punto de vista podían crear situaciones desagradables o peligrosas. De otro lado, entraban valores en juego tan importantes como el honor, el poder o la dignidad vinculados a la rebelión y a posiciones no negociables.

Para otros autores que se han referido a este tema, entre ellos el ya citado R. H. Moreno, los comportamientos de aquella generación demuestran la honestidad con la cual llevaron sus ideas hasta las últimas consecuencias¹⁸. Porque ser joven e intelectual en esa época era ir en contra de la intolerancia y la hipocresía del medio, dejándose llevar por la insurgencia ciega que proclamaba una rabiosa insolencia contra todo lo que se odiaba¹⁹. No obstante, otros analistas argumentarán que dichos comportamientos solo condujeron a un único “diálogo” visible con la fuerza pública²⁰. Pero también se asistiría a una etapa de la historia en que esta generación asumiría una identidad global revolucionaria promoviendo nuevos mitos nacionales y estilos de vida, como aquellos que le darían vuelco a los rituales de la iniciación sexual y convocarían a la sensibilidad por una revolución mundial. Por supuesto, un mundo simbólico de expresiones, imaginarios y representaciones que en nada se parecen a la cultura juvenil del momento.

Valga también decir que el joven rebelde de hace unos cuarenta años se tomaba la vida muy en serio. Precisamente esa es la imagen inicial que desata la trama de amor de una de las novelas más célebres de Milan Kundera, *La Broma*²¹. El naufragio de la vida de Ludvik, el protagonista, empieza cuando envía en una postal una broma a su novia en un mundo que había perdido el sentido del humor, en una época que no era amante de la picardía y la ironía, más en aquellos

países sometidos por la bota militar soviética que solo debían saber del optimismo histórico de la clase triunfante. “¡El optimismo es el opio del pueblo! El espíritu sano hiede a idiotez. ¡Viva Trotsky!”²², le escribió Ludvik a su amada Marketa y a partir de entonces la tragedia de su vida estuvo asociada a una broma.

Para quienes fuimos educados por los maestros de esa generación, la novela de este escritor checo es una especie de sucedáneo. La seriedad con la que esta juventud enfrentó los problemas de su época no deja de ser sorprendente y trágica. ¿Por qué unos jóvenes rebeldes, perdidos en unas selvas de miedo de la geografía colombiana (San Vicente de Chucurí), se mataron entre ellos por los ideales de una revolución que no conoció el perdón y la autocrítica que tanto proclamaron? Este fue el caso de la trágica historia del origen del ELN, hoy registrada por las crónicas de la época y los posteriores libros de investigación. ¿Por qué un estudiante es expulsado de la representación en el Consejo Superior Universitario cuando una marcha estudiantil callejera lo encontró paseando en carro con su novia, pese a que éste luego se criticó y hasta censuró por su comportamiento? ¿Por qué en más de una ocasión se enfrentó a sí misma esta juventud rebelde, a garrote o manos, cuando no estaba de acuerdo? ¿Por qué era tan intolerante como las mismas estructuras de poder y sociedad privilegiada a la que cuestionaban?

Para R. H. Moreno Durán tal vez el que mejor entendió este comportamiento de lo absurdo fue Albert Camus, quien a través de dos de sus libros que dieron a luz en el mismo año de 1942 (*El extranjero* y *El mito de Sísifo*) definió esta categoría para su época “como el impulso del hombre hacia lo eterno, y el carácter *finito* de su existencia”²³. ¿Qué pensaría hoy Camus de las guerrillas colombianas? Con seguridad se reafirmaría en esta definición del absurdo, pues siempre sostuvo que aquellos jóvenes rebeldes al jugarse la vida por la tiranía, lejos de Dios, asumieron su condición, pero, al mismo tiempo y de forma paradójica, al buscar su libertad en el reino de la opresión debieron enfrentarse al asesinato colectivo en el que terminan todas las revoluciones. Como era de esperarse, refiere Moreno Durán²⁴, por estas afirmaciones de Camus, la ruptura entre éste y Sartre se precipitó. “El porvenir –había escrito Camus– es la única trascendencia de los hombres sin Dios”, y en 1968 desde París “las masas estudiantiles proclamaron no solo el adiós a las ideologías sino también a la felicidad de una religión sin Dios y sin Estado”²⁵. Solo la verdad es revolucionaria, gritaron en las calles y aulas universitarias, y este cliché como otros (“lo personal es político”, “Nuestra esperanza solo puede venir de los que no tienen esperanzas”, “Estudia, organízate y lucha”, “Ni amor, ni Dios. Dios soy yo”), le dieron sentido al gran drama de la juventud en el siglo XX, acotará más adelante Moreno Durán: “el absurdo de vivir entre una rebelión sin Dios y una revolución que asesina a sus hijos a nombre de la historia”²⁶. Una generación que actuaba como si estuviera autorizada mediante un contrato a definir el pasado de los hombres y el futuro de su destino.

Cabe recordar que cuando estas proclamas alzaron vuelo en 1968, dos años antes había muerto Camilo Torres y menos de un año atrás el Che Guevara. Para entonces nadie sospechaba del inminente descalabro del socialismo real de la Unión Soviética y menos de su descomposición. ¿Qué piensan los hombres de aquella generación y cómo ven a la de hoy? No hay acuerdo. Pero en lo que sí, de forma tácita, coinciden es en mirar hacia atrás sin odios y sin rencores; otros, en cambio, prefieren olvidar. Como en *La Broma* de Kundera, Ludvik, a pesar de su trágica existencia, no mira con odio a quienes arruinaron su vida, porque “el odio produce una luz demasiado fuerte, en la que se pierde la plasticidad de los objetos”. Quienes lo acusaron no eran más que jóvenes que actuaban²⁷. Y más adelante, agrega: “La juventud es terrible: es un escenario por el cual calzados con altos coturnos y vistiendo los más diversos disfraces, los niños andan y pronuncian palabras aprendidas, que comprenden solo a medias, pero a las que se entregan con fanatismo. Y la historia es terrible porque con frecuencia se convierte en un escenario para inmaduros; un escenario para el jovencito Nerón, un escenario para masas fanatizadas de niños, cuyas pasiones copiadas y cuyos papeles primitivos se convierten de repente en una realidad catastróficamente real”²⁸.

Necesitamos de la historia para la vida y la acción, pero jamás para encubrir –diría Nietzsche²⁹–. De manera que se debe ver a esta juventud como lo que fue, como cualquier otra de su tiempo. Ninguna época ni generación tiene el derecho a erigirse en juez de otra época ni generación –con acierto también lo recuerda Nietzsche–. No se trata de ser magnánimos u ocultarse en una falsa equidad para hablar sin acentos duros. Cuando los historiadores buscan las causas, las explicaciones y hasta los impenetrables de una época, juegan a ser dioses creyendo que tienen un derecho sobre el pasado. La idea de una felicidad salvadora cuando juzgan a los que les precedieron³⁰.

Aquella fue una juventud que creyó tener un alto sentido de la historia, y como tal juzgó desplazando a Dios. Había una luz demasiado brillante, demasiado repentina, demasiado cambiante. La ceguera de la que nos habla Nietzsche cuando los hombres son empujados a golpes de látigo a través de los milenios³¹. La ceguera de la modernidad, de la que también habla Marshall Berman, que en un momento lanza a los hombres hacia una vorágine de aventuras, poder, alegría y, en otro, a la desintegración, amenazando todo lo que creyeron ser³².

En el materialismo histórico de aquella época latía una dulce tentación que impulsaba a explicar en un destello todos los procesos y formas de vida de la sociedad. Si esa juventud creyó entender de un solo golpe el pasado, los de hoy poco o nada entienden de la guerra, de la política, del comercio. Refiriéndose a los jóvenes de su tiempo, decía Nietzsche que hay pájaros a los que se ciega tempranamente para que canten mejor, por lo que estaba convencido de que los

hombres de su tiempo no cantaban mejor que sus antepasados, pero que sí habían sido cegados muy tardíamente³³. ¿Será que se puede traslapar este pensamiento a los tiempos de hoy?

En los años sesenta y setenta del siglo XX se asistió a una etapa en la que había una juventud crítica y comprometida. Además, era la mayoría de la población mundial y había adquirido una propia autonomía³⁴. Todo esto es lo que ha llevado a afirmar a Eric Hobsbawm que la revolución cultural de fines del siglo XX debe entenderse “como el triunfo del individuo sobre la sociedad o, mejor, como la ruptura de los hilos que hasta entonces había imbricado a los individuos en el tejido social”³⁵. Estos jóvenes se resistieron al consumo del mercado e impusieron sus propios consumos. Sus padres vivieron en los campos, pero ellos ya eran habitantes de la ciudad. Por eso cuando alcanzaron un título universitario fueron recibidos como héroes en sus casas y muy pronto lograron alcanzar un lugar notable al lado de los políticos y los gerentes de la producción. La movilidad social era un hecho y estaba asegurada³⁶.

A cuarenta años después de la rebelión juvenil de los años sesenta, sin duda uno de los acontecimientos más importantes del siglo las dos grandes guerras, no deja de ser paradójico que las previsiones de ciertos analistas del *Times*, y de otros en distintos periódicos del mundo, se hayan cumplido al pie de la letra. Ya era hora –afirmaba el editor del *Times* en aquel año– de crear una demonología contra el estudiante rebelde y de señalarlo como fósil, destripado, ausentista y fiera ávida de sangre, pues “la mayor parte de ellos son brillantes intelectualmente y amables en el trato personal. Podrían hacer carreras muy bien remuneradas en el mundo que aspiran destruir”³⁷.

La historia, o mejor su musa, ya se decía, a veces se ríe de los seres humanos. Si la oposición contra la guerra de Vietnam enarboló las banderas de los pacifistas y de todos aquellos que se manifestaron contra la inconsecuencia del imperialismo norteamericano, hoy la invasión de Irak también ha ondeado las banderas contra Bush y sus aliados. Es cierto que los contextos son distintos: en el primer caso se hizo una invasión contra el comunismo internacional, en el segundo contra el terrorismo. Pero, como quiera que se llame a estos dos hechos, no se puede ocultar que en ellos hay un totalitarismo democrático agenciado por los intereses económicos y estratégicos de los Estados Unidos. Como en Vietnam, hoy la invasión de Irak es un completo fracaso. Si en el pasado los horrores de la guerra en la península de Indochina por primera vez sensibilizaron a una teleaudiencia norteamericana, las atrocidades en Irak no han causado menos impacto. La última película del “odioso” Michael Moore *Fahrenheit 9/11* expresa todo el horror y drama de esta guerra que, por fortuna, con ironía y humor este iconoclasta de los tiempos modernos sabe contar.

Lo que sí diferencia a esta guerra de la de Vietnam, es que por lo menos en los años sesenta hubo un acuerdo entre los estudiantes de todo el mundo para protestar contra el autoritarismo, la represión y la guerra. Visto de otra forma, un acuerdo por demostrar la urgente necesidad de cambiar el orden social en todo el mundo. Algo de lo que hoy no queda sombra en las coyunturales protestas estudiantiles. Mientras que para los jóvenes de hoy “Playa Girón” de Silvio Rodríguez (1975) puede ser una canción agradable o hermosa, para los de aquella generación era el símbolo de la resistencia cubana frente a los Estados Unidos y su fallido intento de invasión a la isla. Es que hasta las canciones han transmutado sus significados. Es curioso, pero cuando se les pregunta a los de aquella generación por este tipo de música, muchos de ellos dicen que ya no la escuchan porque una melodía o una canción en especial está asociada a la desaparición de un estudiante o de un compañero.

Si en su acepción más amplia el currículo es el conjunto de estudios y prácticas destinadas al desarrollo pleno de las actividades educativas, hay todo un campo de estudio en la universidad colombiana por explorar, el cual va más allá de la planificación académica de los programas. Este campo de estudio se refiere a todas aquellas representaciones de la vida universitaria como las que se han descrito. De todas estas representaciones, las protestas universitarias referidas a un contexto global como el que se ha configurado, permiten entender cuáles son los ideales de formación que se promueven, las aspiraciones políticas de quienes se movilizan y, en general, las tensiones y conflictos propios de la vida universitaria. Es la “otra” universidad, tal vez la más viva, la menos irreal que escapa a los formalismos de las disciplinas o profesiones y los rituales de la enseñanza.

¿Qué pensarían hoy Guevara, Camilo Torres e incluso Zapata, elevados por el mercado y la cosmética publicitaria a la categoría de íconos de la revolución? ¿Esas imágenes de héroes románticos y bondadosos –sobre todo la del Che– que se ven en banderas, escudos, camisetas, paredes de recintos universitarios, en fin? Para muchos, tal vez causaría hilaridad; para otros, tal vez nada distinto al estupor que causan las injusticias sociales que se viven en todo el mundo³⁸.

“Prohibido prohibir” fue el lema más popular de aquellos tiempos, seguido de otro no menos significativo: “haz el amor y no la guerra”. Y tal vez en ellos se resume lo que significó la revolución cultural de la segunda mitad del siglo XX. Una revolución que no puede ser explicada bajo la categoría de clases sociales o de la confrontación capital–trabajo, como durante los años setenta y ochenta se intentó hacer a través de una lectura economicista y de izquierda de la política, en especial en América Latina. Todo lo cual condujo –dice Fernán E. González en el prólogo de la última obra de Mauricio Archila sobre las protestas sociales en Colombia³⁹– a que los sectores cristianos en la izquierda reforzaran “la sospecha

contra la política como ‘mala’, al idealizar a los pobres y sus comunidades”. “Una idea de redención del pueblo pobre y su mentalidad heroica, sacrificial y martirial –agrega el autor– que terminó reforzando el elitismo de la izquierda, con su sentimiento de superioridad recelosa y paternalista, mezclada con la conmiseración cristiana”⁴⁰.

Es cierto que el marxismo sacó a los intelectuales de la torre de marfil en que se encontraban, encerrados con el modelo positivo de la ciencia, pero también en su nombre crearon un elitismo de izquierda que encontró su mejor escenario de reproducción, y de anteojeras, en la universidad. Por fortuna, el imaginario de la lucha de clases perseguido por los intelectuales en Colombia y en América Latina para entender los movimientos sociales ha sido desplazado por nuevas categorías de investigación, e incluso de un marxismo en renovación que, por ejemplo, trasciende las categorías de la Dependencia o del Tercer Mundo para crear una nueva tradición de explicaciones culturales, con base en los estudios que inició Eric Hobsbawm, Eduard Palamer Thompson o Goerge Rudé⁴¹. ¿Por qué las sociedades tradicionales pueden ser revolucionarias?, era una pregunta que no se había hecho la escuela marxista hasta que estos autores abordaron tal inquietud con la misma seriedad con la cual se podían estudiar otro tipo de movimientos. De tal manera, los procesos históricos podían crear identidades (ideológicas o morales) no necesariamente desde la conciencia de clase. En esta perspectiva, entonces, se podían abordar los movimientos indígenas (el zapatista, por señalar uno de ellos) o los denominados nuevos movimientos sociales.

En esta perspectiva la rebeldía estudiantil de los años sesenta y setenta escapaba al análisis de clases. Del universitario vestido de doctor en los años cincuenta, para el caso colombiano –acota Archila–, se había pasado “al desaliñado barbudo de los setenta, de quien no se sabía si imitaba al Che o a los Beatles”⁴². Ésta fue una generación que no solo respondió a las identidades de la izquierda sino de lo psicodélico, lo hippie, la marihuana, la televisión, por mencionar solo algunos de los consumos de aquella época⁴³. Es cierto que el movimiento francés de mayo del 68 dio al traste con sus aspiraciones, pero a partir de aquél surgieron otros movimientos como el ambientalista, los feministas o étnicos. En América Latina como en Europa todas estas manifestaciones están por estudiarse. Hoy, por ejemplo, el célebre Daniel Cohn-Bendit, El Rojo, uno de los máximos dirigentes de la revuelta parisina del 68, es diputado del Parlamento Europeo en nombre del partido verde⁴⁴. Es algo que no debe extrañar si se tiene en cuenta que las sociedades como las generaciones cambian.

Si la juventud de hace cuarenta años se preocupó por los más necesitados y oprimidos, la de hoy pueda que también sea conciente de la desigualdad económica e injusticia social en el mundo, pero antes que otra cosa es hija del

neoliberalismo y sus reglas implacables del mercado⁴⁵. Y no es que se quiera exculpar a esta generación de su compromiso social, pero no se le puede juzgar con los ojos del pasado. Hoy todavía es posible que haya una marcha por parte de los estudiantes de la UIS (octubre 4 al 11 de 2004) de Bucaramanga a Bogotá para salvar los hospitales de su ahogamiento presupuestal, pero ninguna será tan memorable como la del 64. Lo interesante es que aún se puede ver en las paredes universitarias cantos o poemas que rememoran la rebeldía de aquella época como si fuera ayer. “Tomo mis deseos por realidades, porque creo en la realidad de mis deseos”, “El hombre no es estúpido o inteligente, es libre o no lo es”, proclamó la juventud rebelde de antaño. Hoy, así sea una minoría, también la sigue, como lo demuestran los graffitis o poemas en cualquier pared universitaria de este país:

*Tan solo es necesario
vestirnos “color de poesía”.
Impregnarnos la frente
de fragancia “verso libre”.
Ser prototipo del estilo
“canto sin barreras”.
Caminar del lado de la vida,
duro contra el viento,
para que seamos declarados
elementos fuera de orden.*

Chucho Peña, muro universitario (2004)

De todas maneras, no se puede hablar de un estereotipo del joven de hoy. Hace cuarenta años, en cambio, la juventud rebelde en todo el mundo expresaba una visión que ponía en tela de juicio la realidad social, y manifestaba, así solo fuera en la letra, un compromiso de sacrificio, entrega y responsabilidad con los otros. La mayoría provenía de la clase media, se expresaba contra la autoridad, proclamaba el acceso a una educación equilibrada entre humanismo y ciencia, y militaba o era simpatizante de partidos y corrientes ideológicas de izquierda. Sin duda, una juventud que llevó hasta las últimas consecuencias su individualidad en contra de las convenciones sociales, pero, antes que nada, una juventud que por primera vez se manifestó en un contexto de experiencias que hoy se podría llamar global.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

1. VOLPI, Jorge. *La imaginación y el poder: una historia intelectual de 1968*, 1ª. reimpresión. México: Era, 2001. pp. 153–166.
2. HOBSBAWM, Eric. *Historia del siglo XX*, Buenos Aires: Crítica–Grijalbo, 1998. pp. 322–345.
3. *Ibid.* pp. 326–327.
4. HOBSBAWM, Eric. *Gente poco corriente: resistencia, rebelión y jazz*. Barcelona: Crítica, 1999. p. 182.
5. STEINBECK, John. *De ratones y hombres*. Barcelona: Mondadori, 2001.
6. *Ibid.* pp. 7–20.
7. NIETZSCHE, Friedrich, De la utilidad y los inconvenientes de la historia para la vida, www.nietzscheana.com.ar, 2002.
8. VOLPI. Op. cit. p. 99.
9. *Ibid.* p. 83.
10. *Ibid.* El texto de Francois Furet, citado por Jorge Volpi, se titula: *Le paseo d'une illusion*. Trad. ESPE. *El pasado de una ilusión*. México: Fondo de Cultura Económica, 1995.
11. VOLPI. Op. cit. p. 41.
12. MEJÍA, Juan Diego. *El dedo índice de Mao*. Bogotá: Norma, 2003.
13. *Ibid.* p. 89.
14. *Ibid.* p. 139.
15. MORENO DURÁN, R. H. “La memoria irreconciliable de los justos: la Universidad Nacional en la década de los sesenta”. En: *Análisis Político*, No. 7, mayo–agosto de 1989. p. 87.
16. NUEVA FRONTERA. “Kolakovski y los movimientos universitarios de 1968”. En: *Nueva Frontera*, No. 47, septiembre 13 de 1975.
17. SCOTT, Marvin B. y LYMAN, Stanford M. *La rebelión de los estudiantes*. Buenos Aires: Paidós, 1974. p. 10–12.
18. MORENO DURÁN. Op. cit. p. 87.
19. *Ibid.* pp. 77–78. (El texto parafrasea al autor).
20. LEAL BUITRAGO, Francisco. “La frustración política de una generación. La universidad colombiana y la formación de un movimiento estudiantil, 1958–1967”. En: *Varios, Juventud y política en Colombia*, No. 6, julio de 1981. p. 324.
21. KUNDERA, Milan. *La Broma*. 2ª. edición. Barcelona: Tusquets, 1998.
22. *Ibid.* p. 41.
23. MORENO DURÁN, R. H. “Los intelectuales, entre la rebelión y el terrorismo: Sartre vs. Camus, cincuenta años después”. En: *UNPeriódico*, No. 49, agosto 17 de 2003. p. 12.
24. *Ibid.* p. 13.
25. *Ibid.*
26. *Ibid.*
27. KUNDERA. Op. cit. p. 99.
28. *Ibid.*
29. NIETZSCHE, Friedrich. Op. cit.
30. BENJAMÍN, Walter, “Tesis de filosofía de la historia”. En: BENJAMÍN, *Textos escogidos*. México: Coyoacán, 1999. p. 43.
31. NIETZSCHE. Op. cit.
32. BERMAN, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad*, 5ª. edición. Bogotá: Siglo Veintiuno, 1991. pp. 1–27.

33. NIETZSCHE. Op. cit.
34. HOBSBAWM, Op. cit. pp. 325–331.
35. Ibid. p. 336.
36. HURTADO OROZCO, César. “Contribución al estudio del movimiento estudiantil colombiano (1960–1975)”. En: *Utopía siglo XXI*, Vol. 2, No. 7, noviembre de 2001. pp. 80–85.
37. La cita es tomada de: VOLPI. Op. cit. p. 200.
38. ARIAS, Jimmy, “El che, una marca registrada”. En: *El Tiempo*, septiembre 12 de 2004. pp. 3–9.
39. Prólogo en ARCHILA, Mauricio. *Idas y venidas, vueltas y revueltas: protestas sociales en Colombia, 1958–1990*, Bogotá: ICANH–CINEP, 2003. pp. 24–25.
40. Ibid. p. 25.
41. Ibid. p. 42.
42. Ibid. p. 397.
43. VOLPI. Op. cit. pp. 108–124.
44. EL TIEMPO. “Daniel el rojo”. En: *El Tiempo*, junio 27 de 2004. p. 3.
45. Entrevista a Francois Houtart, realizada por: FANDIÑO, Fabio y GRISALES, Paula. “A la izquierda del padre”. En: *UNperiódico*, No. 51, octubre de 2003. pp. 20–21.

BIBLIOGRAFÍA

- ACEVEDO TARAZONA, Álvaro, *Modernización, conflicto y violencia en la universidad en Colombia: Audesá (1953–1984)*. Bucaramanga: UIS, 2004.
- ARCHILA, Mauricio, *Idas y venidas, vueltas y revueltas: protestas sociales en Colombia, 1958–1990*. Bogotá: ICANH–CINEP, 2003.
- BERMAN, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad*, 5ª. ed. Bogotá: Siglo Veintiuno, 1991.
- HOBSBAWM, Eric. *Gente poco corriente: resistencia, rebelión y jazz*. Barcelona: Crítica, 1999.
- _____. *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica–Grijalbo, 1998.
- KUNDERA, Milan. *La broma*. España: Seix Barral, 1994.
- LEAL BUITRAGO, Francisco. “La frustración política de una generación. La universidad colombiana y la formación de un movimiento estudiantil, 1958–1967”. En: VARIOS, *Juventud y política en Colombia*, No. 6, julio de 1981.
- _____. *Los testamentos traicionados*, 2ª. ed. Barcelona: Tusquets, 1998.
- MORENO DURÁN, R. H. “La memoria irreconciliable de los justos: la Universidad Nacional en la década de los sesenta”. En: *Análisis Político*, No. 7, mayo–agosto de 1989.
- _____. “Los intelectuales, entre la rebelión y el terrorismo: Sartre vs. Camus, cincuenta años después”. En: *UNPeriódico*, No. 49, agosto 17 de 2003.
- NIETZSCHE, Friedrich. *De la utilidad y los inconvenientes de la historia para la vida*, www.nietzscheana.com.ar, 2002.
- STEINBECK, John. *De ratones y hombres*. Barcelona: Mondadori, 2001.
- VOLPI, Jorge. *La imaginación y el poder: una historia intelectual de 1968*, 1ª. reimpresión. México: Era, 2001.